

Antología de la Vanguardia literaria en Sudamérica: Tomo III, Sudamérica, Área Andina Norte: Venezuela, Colombia. Historia, crítica y documentos. Klaus Müller-Bergh y Gilberto Mendoza Teles (eds.).

Frankfurt/M., Madrid: Vervuert, Iberoamericana, 2004

Primera versión recibida: 22 de septiembre de 2004; versión final aceptada: 5 de octubre de 2004 (Eds.).

¿Qué es la vanguardia? Desde hace varios años, la revista *Estudios de Literatura Colombiana* ha buscado y publicado artículos, debates o reseñas que se acercan a esta pregunta, sin pretender dar una respuesta definitiva.¹ Igualmente sin pretender abarcar todos los elementos enunciados en estas contribuciones y sin querer evitar posibles contradicciones, juntemos brevemente características y definiciones que surgieron en ellas, obviamente centradas en la literatura colombiana: la predominancia de la poesía o, mejor, de las formas breves, con o sin el rechazo del lirismo; la recepción, transformación y/o adaptación de modelos europeos; la forma innovativa; la posición del sujeto; la relación con o el rechazo del modernismo; el grupo Los Nuevos; la situación político-económica de modernización; lo ciudadano; el intento de revolucionar la vida desde el arte; lo humorístico, lo provocativo y/o lo polémico hasta el rechazo del lector (tradicional). Terminemos aquí la lista que se podría alargar mucho más, pero que es suficiente para una lectura de la antología de Klaus Müller-Bergh y Gilberto Mendoza Teles.

El tomo que versa sobre la historia y la crítica de las vanguardias colombianas y venezolanas a través de textos literarios y otros documentos, es el tercero de una serie que constará de seis fascículos. Hasta el momento están disponibles, además del aquí reseñado, las recopilaciones sobre las vanguardias en México y América Central (2000), así como la que se dedi-

1 Cf. No. 4 de la revista el artículo de Gilberto Loaiza Cano; No. 5 el artículo de Marie Estripeaut-Bourjac; No. 6 el artículo de Hubert Pöppel y la reseña de Rodrigo Argüello; No. 9 el artículo de Juan Carlos Henao Durán y Daniel Jerónimo Tobón Giraldo; No. 11 el debate de Henao Durán, Tobón Giraldo y Estripeaut-Bourjac; No. 14 la reseña de Augusto Escobar Mesa.

ca al Caribe (2002). Para ubicar mejor este proyecto habría que añadir que en la misma editorial Vervuert/ Iberoamericana se está editando, desde 1998, bajo la dirección de Merlin H. Forster, K. David Jackson y Harald Wentzlaff-Eggebert, la serie "Bibliografía y antología crítica de las vanguardias literarias en el mundo ibérico", con siete tomos publicados hasta la fecha (de aproximadamente diez). Esta se centra, por ende, en los aspectos bibliográficos y en las reacciones críticas que surgieron en los últimos treinta o cuarenta años a los movimientos vanguardistas de la primera mitad del siglo XX; la otra, la que nos interesa aquí, selecciona textos paradigmáticos de los mismos vanguardistas (textos literarios y polémicas) y reacciones críticas que surgieron en la misma época. Así entendido, las dos series se complementan perfectamente y constituirán, una vez terminadas, fuentes invaluables para la historia de las vanguardias del mundo ibérico, especialmente de América Latina.

Sin embargo, y a pesar de la complementariedad, podemos observar algunas diferencias fundamentales entre las dos empresas de presentar y entender la vanguardia: Forster, Jackson y Wentzlaff-Eggebert aspiran a llegar a una actualidad bibliográfica lo más completa posible, mientras que Müller-Bergh y Teles iniciaron esa obra titánica hace ya más de veinte años. Es en los artículos introductorios a las secciones, en este caso, a la vanguardia colombiana (páginas 17-31) y a la venezolana (páginas 137-149), donde se percibe que no tomaron en consideración las publicaciones críticas de los últimos diez o quince años. En el caso colombiano, se contentan con los estudios ya clásicos de Rafael Maya, Rafael Gutiérrez Gírardot, Armando Romero o Diógenes Fajardo, para hablar de nombres; o bien de *Eco* (1979), de la *Revista Iberoamericana* (1982, 1984), del *Manual de literatura colombiana* (1988) o de la *Historia de la poesía colombiana* (1991), para hablar de publicaciones. La segunda diferencia está en que Forster et al. indican en cada tomo el plan general de la serie y aclaraciones conceptuales, mientras que Müller-Bergh y Teles incluyeron en el primer tomo un estudio exhaustivo de las vanguardias hispano y lusitanamericanas, limitándose en los demás fascículos de la obra a introducciones específicas para la situación en los distintos países. De esta forma, y esa sería la tercera gran diferencia y la conexión con el comienzo de esta reseña, el mismo concepto de literatura vanguardista se empieza a bifurcar. Mientras que Forster et al. hacen hincapié en los años veinte, en la relación de adaptación o rechazo con los vanguardismos europeos, en lo

lúdico, lo experimental, en la transgresión de los géneros literarios, en la tensión entre lo universal y lo particular, en los movimientos y revistas, en las polémicas; en una palabra: en la vanguardia histórica.² Müller-Bergh y Teles, si bien parten igualmente de este concepto, lo amplian y redondean considerablemente en los casos concretos.

Así, la introducción general a la obra en el primer tomo se lee como un excelente y erudito panorama de las vanguardias históricas en general, de su surgimiento en Europa, de los aportes latinoamericanos a este surgimiento en Europa, su traslado a América Latina y su desarrollo específico en este contexto histórico y literario tan distinto; y, además, se lee como una propuesta seria y fructífera para una historiografía de la literatura latinoamericana. La introducción a la vanguardia colombiana —algo parecido se podría afirmar para la introducción a Venezuela—, sin embargo, se convierte en una búsqueda de elementos o incluso asomos de elementos vanguardistas, prevanguardistas o postvanguardistas en la literatura colombiana. Las razones para este procedimiento son obvias. No existía en Colombia un verdadero y fuerte movimiento vanguardista, ni en los años veinte, ni más tarde. Hubo, eso sí, y lo sabemos desde los estudios clásicos que ya se mencionaron, algunas islas (Luis Viales, en primer lugar), hubo algo como una recuperación o apropiación tardía de la vanguardia histórica en los años cuarenta y cincuenta, pero en realidad, tenemos que constatar más bien la ausencia (Romero) de la vanguardia en Colombia.

Con la vanguardia ausente, sin embargo, no se pudo llenar medio libro de documentos históricos. Por eso, presumo, Müller-Bergh y Teles emprendieron la búsqueda de alternativas. Este procedimiento es válido y, además, aporta material importante para la discusión todavía no llevada a cabo ampliamente sobre las preguntas: ¿por qué no hubo vanguardia verdadera? y ¿cómo se explican las excepciones de esta observación? Pero este procedimiento encierra, a la par, un grave peligro: el de diluir completamente el concepto original. Hablando polémicamente: nadie va a negar que Silva representa un hito en la literatura colombiana; que se trata de una de las rupturas más importantes en la poesía del país; e incluso, uno podría discutir si en algunos textos Silva haya implementado técnicas poéticas que posteriormente sirvieron a las vanguardias como medios propios de

2 A veces, sin embargo, este concepto más restringido tiene que abrirse, especialmente en el caso en el cual la bibliografía también incluye críticos que trabajan con conceptos más amplios.

expresión. Pero lo mismo vale para algunas técnicas poéticas del barroco y no tiene, en verdad, mucho sentido postular un prevanguardismo en el barroco. ¿Por qué intentarlo, entonces, con el modernismo? Algo como una justificación para la inclusión del bogotano trae la introducción de los editores: “el legado poético de Silva que evoca la admiración de Miguel de Unamuno (1864-1936), Juan Ramón Jiménez (1881-1958) y de muchos escritores que practicaban la poesía pura en la vanguardia” (17). Queda, por un lado, preguntar si Unamuno y Jiménez pertenecen, como poetas puros, a la vanguardia; por otro, habría que decir más claramente que se incluye a Silva para poder mostrar después donde se diferencia la vanguardia de la poesía más avanzada de finales del siglo XIX. Pero esta diferenciación falta, y a continuación la renuncia a trazar claramente las líneas lleva hasta el punto de vaciar casi por completo el concepto.

En vez de contraponer documentos de varios movimientos y tendencias para facilitar a los lectores y críticos material importante para un futuro debate sobre la vanguardia, sobre rupturas, sobre el concepto de literatura moderna, sobre el contexto socio-histórico y cultural, etc., Müller-Bergh y Teles amplían el concepto vanguardia y lo aplican a todo tipo de documento o literatura que, de una u otra forma, ha significado un cambio, una ruptura, una renovación o una posición distinta en la literatura colombiana de la primera mitad del siglo XX.

Solamente de esta forma se explica la mezcla de nombres seleccionados para la antología que a primera vista poco tienen en común —y no hablamos de las largas listas de nombres en la introducción, que insinúan un amplio movimiento vanguardista desde los años veinte hasta los cincuenta; de ella solamente tomamos las justificaciones para la inclusión de autores en la antología—: José Asunción Silva; la ruptura modernista; León de Greiff, quien escribe el “auto de fe de la estética modernista” (20); el vanguardista Luis Viales; la renovación conservadora de Rafael Maya; “la presencia del surrealismo” (15) en Eduardo Caballero Calderón; en Arturo Camacho Ramírez una mezcla “de ‘trovar clus’, surrealismo e inspiración popular” (28); Aurelio Arturo, quien “no se afilió a ningún grupo” (26); “la influencia de la poesía pura propuesta por Paul Valéry” (28) en Jorge Rojas; la inclusión de Gerardo Valencia no se justifica en la introducción; Eduardo Carranza representa el postvanguardismo de Piedra y Cielo por su cercanía a Neruda; *Mito*, finalmente, y en palabras de Cobo Borda, fue, en los años cincuenta, “la vanguardia, o sea: la ruptura” (30).

Si definimos la vanguardia solamente como ruptura tenemos quizá el criterio de selección más importante de Müller-Bergh y Teles. Sin embargo, la antología no asume realmente la tradición de rupturas durante los primeros sesenta años del siglo XX. Y los mismos editores, al parecer, son conscientes de este hecho. No solamente porque nombran en su introducción a *La vorágine*, sino también porque eligieron como portada del libro un dibujo de *Mancha de aceite*, de César Uribe Piedrahita. Lo que ellos no hacen es responder a las preguntas subsiguientes: ¿por qué no incluir, entonces, el género novela—de Caballero Calderón se publican fragmentos de las *Cartas*—con representantes como el mismo Rivera, o el médico antioqueño con su texto sobre el petróleo, o el Zalamea Borda con su tono tan particular, o el José Antonio Osorio Lizarazo de los temas ciudadanos?, o: ¿qué pasa, entonces, con la ruptura del Nadaísmo?, o: ¿Piedra y Cielo realmente constituyen una ruptura? Todo indica que el concepto de ruptura vanguardista de la antología conlleva cierta conexión con las vanguardias históricas para llegar a una definición que podríamos resumir de la siguiente manera: *Vanguardia* como lo entiende este tercer tomo de la serie, quiere decir cierta ruptura en una literatura predominantemente conservadora, ruptura que se debe a cierta reacción frente a los movimientos vanguardistas, incluyendo la poesía pura, en Europa y en otros países de América Latina; reacción, por su parte, que se limita en general a cierta imitación de procedimientos formales o, quizás, de contenido.

Esta definición, que por cierto apenas se vislumbra en las primeras líneas de la introducción, tiene la ventaja de delinear un concepto bastante amplio, pero no del todo arbitrario—como lo sería la ecuación vanguardia es ruptura—; un concepto que podría servir para cuestionar el esquematismo de ciertas historias de la literatura, donde vanguardia se limita estrictamente a los años veinte. En el contexto de una discusión más específica, sin embargo, como la que se lleva a cabo desde hace cinco años en *Estudios de Literatura Colombiana*, este concepto amplio de Klaus Müller-Bergh y Gilberto Mendoza Teles significa un retroceso detrás de las aclaraciones y nuevas polémicas que ya surgieron en ella.

Hubert Pöppel

Universidad de Jena, Alemania